

INDUSTRIA CULTURAL Y PROCESOS DE CULTURA POPULAR EN CENTRO AMÉRICA Y EL CARIBE¹

María Pérez I. *

Un día cualquiera y otro y otro más, la vida nos sacude con un oscuro panorama lleno de dolor, de injusticia, de pobreza, de violencia, incomunicación y soledad. Guerras, riquezas concentradas, irrespeto al otro, farsas, corrupciones y un estado depresivo siempre recommenzado, atacan nuestros sentidos y nuestra cotidianidad. Pero el ser humano es un ser con esperanza, un ser capaz de reír y de soñar "utopías realizables", un ser productivo que posee una memoria colectiva y participa de una herencia cultural que le mueve hacia la búsqueda de un mundo mejor.

Cuando por una necesidad específica reflexionamos sobre un espacio de la realidad, nos enfrentamos a múltiples caminos para cercar la problemática. El espacio de discusión se enmarca, ya en el título, entre la industria cultural y las culturas populares en la región centroamericana y el Caribe y la respuesta nace condicionada por la afirmación de que existe un impacto de una sobre la otra. Se parte de un prejuicio -¿una realidad o constatación empírica?- y los términos en diálogo y/o disputa, se ubican en una posición jerárquica, de poder, donde las culturas populares resultan subordinadas.

El problema, sin embargo, va más allá de las palabras y los conceptos emitidos, el problema es que no logramos romper con la lógica lineal y maniquea que nos ata y, queriendo ser revolucionarios, reproducimos una y otra vez el sistema de valores que criticamos. Y lo que ahora escucharán probablemente no va a constituir una excepción.

"Cuanto más armas se tenga, mayores serán las Los siguientes apuntes son eco de viejas y nuevas preocupaciones, de producciones en curso, de investigaciones sin final posible. Son reflexiones que, en un intento por romper las amarras del razonamiento tradicional quedan fuertemente encadenadas a la ambigüedad y al sueño de un cambio de paradigma, que permita construir una vida colectiva mejor.

DE RELIGIONES, ESCUELAS Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN

¹ Se trata de una síntesis de reflexiones dispersas en diversos trabajos individuales o colectivos de la autora.

* Profesora de la Escuela de Ciencias de la Comunicación Colectiva de la Universidad de Costa Rica.

El impacto de la colonización religiosa. En el siglo XV, los países europeos luchan por definir sus identidades y consolidar el poder frente a sus vecinos. Las cruzadas desangran la Península Ibérica, la economía se contrae y, en ese espacio de transición al capitalismo, se sueñan nuevas rutas marítimas para ampliar el comercio. El pensamiento se debate entre viejas ideas oscurantistas y la apertura del Renacimiento. Las islas antillanas y un nuevo y desconocido continente se cruzan en el camino y comienza una de las mayores aventuras de historia del hombre: la conquista y colonización de América. Culturas distintas se encuentran, se contradicen, se niegan y destruyen, en la búsqueda por conservar un sentido e imponerlo a los otros.

El brutal impacto de la incompreensión inicia un recorrido sembrado de dominaciones y de resistencias, de intentos por mantener lo propio ante el asombro de lo desconocido, de intentos por romper las diferencias y volver homogéneo y comprensible lo ajeno.

Las culturas y las identidades se debaten múltiples y complejas, en ambos continentes, y en ese bárbaro y civilizado des-encuentro los recién llegados intentan doblegar y vencer.

Buscan riquezas, almas y sueños, y destruyen muchas veces creyendo construir. Al lado de la superioridad técnica traen un arma aún más potente; la religión católica. Y es con esta arma ideológica que se construye el primer frente de lucha para lograr la hegemonía y la homogeneidad del continente.

En América la primera "industria cultural" que causa impacto sobre las culturas populares es, entonces, la religión. Además de su relación con el aparato político y administrativo (el espacio de la organización), la iglesia asume el poder simbólico en sus más amplias facetas; desde la vida cotidiana hasta los momentos más trascendentes de la historia del hombre.

La imaginería religiosa, los mitos y leyendas, la higiene y la salud, la educación, los espacios de comunicación mas relevantes, la diversión (procesiones, turnos, subastas, representaciones...) son atravesados por los principios de la iglesia colonial.

La vida se juega entre lo sagrado y lo profano y trata de jugarse de la manera más homogénea posible, sobre todo en los espacios de encuentro de culturas, en esos lugares donde se evidencia, con más fuerza, el proceso de ladinización. Las culturas autóctonas (indígenas) que se desarrollan en espacios diferenciados lo mismo que las

culturas negras (afro-caribeñas) y aún las campesinas (alejadas de los grandes núcleos de población) sufren un proceso de aculturación diferente y son capaces de conservar su especificidad y de mantenerse un poco más alejadas de la hegemonía impuesta, aunque sean afectadas por ésta.

El español y más tarde el ladino -entendido en su más amplia acepción- constituyen, entonces, la base de la hegemonía dominante en América colonial, y la religión se perfila como el mecanismo simbólico fundamental de homogeneización y hegemonización de la cultura e identidad dominantes. En otras palabras, el primer intento en América de configurar una cultura e identidad transregionales se realiza a través de la religión que se inserta en todos los espacios simbólicos de la vida de los hombres y procura su "semejanza" a partir de un "consumo" de ideas, de "cultura", de una "visión de mundo" similar. La oralidad es fundamental en todo este período.

La educación formal: otro intento de homogeneizar. Con la formación de los estados nacionales, las leyes anticlericales del liberalismo y la propuesta de modernización, se intenta secularizar la sociedad y ubicar a la iglesia en un espacio diferente al de la política. Sin que esto llegue a ser radical, no se puede negar que existe un quiebre importante en el manejo simbólico de la sociedad y es la "escuela", la educación formal, la que viene a ocupar un lugar fundamental en ese proceso de hegemonización internacional del que se ha venido discutiendo.

Las propuestas de estandarización internacionales y los intentos de mantener grupos hegemónicos relativamente homogéneos, se dan a partir de ese momento, con un énfasis en las políticas educativas. Parte de la industria cultural se trasmite y reproduce, básicamente, en este espacio que cubre no solamente la escuela tradicional, sino otros medios que buscan "formar", enseñar. Ya en esa época, la comunicación de masas ocupa un lugar importante, en la transmisión de la industria cultural y la inducción al consumo.

El "sacerdote maestro" pasa al "maestro sacerdote", que busca inculcar una visión de mundo común, y el ritual continúa con la fuerza de la persuasión y la búsqueda de un consenso entre los grupos de poder, que dominan los distintos países de la región. La conservación de las diferencias culturales, de las tradiciones y costumbres distintas, se introduce en las escuelas con un interés folclórico y una visión estética de la realidad.

La modernización, el desarrollo, se asumen de manera equivocada y se privilegia la técnica, el descubrimiento, la novedad, la imitación, sobre las tradiciones, las costumbres y las diferencias. La escritura adquiere un valor fundamental en esta

"popularización" de la cultura hegemónica. En aquellas regiones donde se da menos importancia a la educación formal, la institución religiosa y la voz (la oralidad) continúan siendo preponderantes.

Un nuevo embate de la hegemonía: los "mass media". Desde el principio, la élite española y más tarde criolla –tanto urbana como rural- se rige por los principios económicos, políticos y culturales europeos y, luego de la independencia, norteamericanos. Por cultura e identidad nacional van a entender, desde el principio, la cultura hegemónica, olvidando las otras culturas que dialogan en el territorio y que se conservan marginales.

Nuestra civilización 'la llamada civilización de la imagen' encuentra sus límites en los más extraordinarios descubrimientos en diversos ámbitos. Sin subestimar el poder de lo religioso, el de la educación o el de los grupos organizados, es indiscutible que los medios de comunicación -impresos, radio, TV- ocupan hoy el núcleo de mayor relevancia de impacto cultural sobre las culturas populares en Centro América y el Caribe.

La lucha por imponer su hegemonía en la región lleva a los Estados Unidos a una cruenta lucha por romper el monopolio informativo de las agencias de noticias europeas (Flavas, Reuter, Wolf) y por tratar de imponer su proyecto, en ese momento contrahegemónico: la libre competencia de la información. Esta fórmula mágica para el poder transnacional pretende cubrir todos los ámbitos de la vida -políticos, económicos, filosóficos, sociales- y se convierte, con el tiempo, en el paradigma de la civilización occidental. El reinado de la teología y de Dios en la Edad Media (teocentrismo) trata de ser sustituido por el dominio del hombre (antropocentrismo) quien, luchando por la libertad individual, llega a esclavizarse a sí mismo imponiendo un nuevo Dios: el *mercado*.

El capitalismo basado en la oferta y la demanda, en el intercambio y el consumo, en los derechos individuales y en la filosofía liberal, se quiere transnacional -en todos los campos- y se necesita hegemónico para su óptimo funcionamiento. El nuevo imperio manifiesta otras formas de dominación distintas al expansionismo y a la colonización directa.

La fuerza represiva -aunque se da con mayor frecuencia de lo aceptado explícitamente- busca ser sustituida por mecanismos persuasivos que formen un consenso que permita un mejor consumo de mercancías y de ideas.

A un orden económico injusto, basado en la explotación indiscriminada de materias primas, préstamos con altos intereses, mano de obra barata, intercambio desigual de

productos... el llamado mundo subdesarrollado o Tercer Mundo debe enfrentarse a una libre competencia informativa y cultural, también poco equitativa.

Para mantener el poder de unos sobre los otros es necesario poseer, además de los medios de producción económica, los medios de producción de sentido, los medios de producción simbólica. De hecho cuando algún pueblo del área ha osado poner en entredicho la hegemonía norteamericana (primero Cuba, luego Grenada y, por último, Nicaragua y Panamá) los esfuerzos por revertir los procesos no se limitan a las intervenciones armadas -directas o indirectas- sino que incluyen una invasión a través de las ondas radio- fónicas y/o televisivas. Es el caso de la Radio Costa Rica y Voz de los Estados Unidos de Norteamérica (VOA), interviniendo Nicaragua desde Costa Rica o el de la Radio y Televisión José Martí, tratando de entrar y atravesar la isla cubana desde Estados Unidos.

Este intento por penetrar a través de los medios de comunicación en otros estados o culturas distintas, se puede ver claramente con los países del Este de Europa antes de la Perestroika y el Glasnost o con las culturas africanas y asiáticas. Los parámetros occidentales en escritura y formas de comportamiento, por ejemplo, son utilizados para considerar una cultura civilizada o bárbara.

Lo que surge como un proyecto contrahegemónico –la libre competencia informativa" y se consolida a mediados del siglo XX, pronto es cuestionado severamente por sus excesos en el seno de dos organizaciones internacionales: la UNESCO (preocupada por los espacios de la cultura, la educación y las comunicaciones) y el Movimiento de Países No Alineados (NOAL) con un carácter más político y una clara toma de posición en pro del tercer mundo.

Los años sesenta y setenta debaten intensamente la pro- puesta contrahegemónica de un "Nuevo Orden Informativo Internacional", que más tarde se conoce como NOMIC (Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación).

La propuesta de un "flujo libre pero equilibrado de la comunicación" trae a la mesa de las discusiones la necesidad de un Nuevo Orden Económico Internacional, de mayores y diferenciados espacios de comunicación para el Tercer mundo y, sobre todo, de luchar por un respeto a la diferencia, por el mantenimiento de las identidades y culturas populares.

Se discute el acceso y la participación, se critica la omisión o distorsión de informaciones, se considera necesario impedir que la violencia, el racismo o el sexo sigan

su carrera ascendente, se pide comprensión a la diferencia y espacio para disentir de los lineamientos impuestos. A pesar de los esfuerzos y los logros concretos, el proyecto fracasa y se pierde entre enormes pilas de papel y, más tarde, en discusiones técnico-científicas en el seno de la Unión Internacional de Telecomunicaciones.

El NOMIC fracasa en su objetivo de quebrar la hegemonía, pero al lado de otros planteamientos como la Teoría de la Dependencia, la Teología de la Liberación o la Educación Participativa, abre espacios de investigación, de diálogo y discusión fundamentales para adquirir conciencia de la importancia de las culturas populares y del terrible impacto que una industria cultural homogénea y lineal puede provocar sobre ellas.

LA RELATIVIZACIÓN DEL IMPACTO

Consumo diferenciado, sentido común y limitaciones económicas. La libre competencia no resulta tan libre ni tan competente. El embate por lograr la estandarización u homogeneización cultural no ha obtenido el éxito esperado. La cultura, la identidad y la comunicación transnacionales encuentran su límite en las culturas populares, en la resistencia, en la fuerza de las tradiciones, en la herencia y la memoria acumulada, en la contestación discursiva, en el llamado "sentido común".

Cuando se habla de la invasión de las letras impresas y de las ondas radiofónicas y televisivas nos encontramos frente a una realidad tangible: la de la "aldea planetaria", la de la comunicación por satélite y parabólicas y la de las redes informáticas.

Nos invade la información, la moda en el vestir y actuar, la moda musical, la pictórica o la culinaria. La industria cultural es potente y se transmite desde los centros de poder hasta los más recónditos rincones de los pueblos y hogares, con una rapidez vertiginosa.

Somos ciudadanos del mundo (y si no que lo nieguen las tarjetas de crédito, la telemática, la informática, los organismos de poder transnacionales...) y la mayoría de nosotros no somos libres ni competentes para integrarnos totalmente a él. Y no lo somos porque;

- por una parte, el sentido común nos dice que la tradición y la experiencia acumulada, que heredamos de los ancestros, ha permitido la sobrevivencia y ha impedido una hecatombe mayor

- y, por otra, porque la mayoría no posee la capacidad económica en el reino del mercado, para consumir lo necesario y, mucho menos lo deseado.

El consumo de bienes y de ideas inducido mediante los medios de comunicación de masas y su pilar, la propaganda y la publicidad, es, entonces, un consumo diferenciado y relativo y, por lo tanto, lo es también el impacto de la llamada "Industria Cultural".

La cultura popular: entre lo propio y lo "apropiado". La región centroamericana, una y diversa, ha sufrido procesos de integración, a través de la historia, generados por los grupos de poder y los gobiernos, sin tomar en cuenta los fenómenos culturales y la participación de los grupos subalternos. Esta ha sido, muy probablemente, la causa más importante del fracaso total o parcial de dichas acciones.

La religión católica, el español como lengua dominante y los regímenes de tipo republicano, además de una pertenencia a un istmo que une el norte y el sur del continente -con muchas convergencias climáticas y naturales y una historia de relaciones de poder político-económico internacional bastante similares- unen la cultura hegemónica como transnacional y como conjunto de culturas nacionales, aunque no logran desentrañar las peculiaridades múltiples, diversas, de las culturas e identidades populares en las distintas comunidades.

En cada país la diversidad étnica, religiosa, lingüística y las condiciones de vida político-económicas y sociales provocan un movimiento continuo, una interrelación móvil de complejos rasgos de identidad, que condicionan una visión del mundo y formas de vida siempre en proceso, siempre cambiantes, a pesar de la lucha por la conservación.

Las prácticas culturales, el trabajo con el sentido, están condicionadas por factores disímiles y plurales y se construyen en una continua tensión entre la lucha por conservar la herencia cultural que se guarda en la memoria colectiva y aquello que se rompe y transforma con el devenir histórico.

La cultura y la identidad (nacional, regional, popular...) se construye cotidianamente sobre la base de lo autóctono y los contactos con el otro. Lo propio y lo "apropiado" constituyen nuestra cultura y forman parte de la identidad (conciencia de cultura), de ese sentido de pertenencia a unos, que nos hace reconocer la diferencia con los otros.

Asumir el espacio del otro por necesidad, empatía o interés permite una apropiación que genera mejores formas de vida, no sucede lo mismo con la imposición cultural que se realiza por la fuerza o por sutiles mecanismos ideológicos, sin el control de los pueblos. Estos mecanismos inducen al consumo indiscriminado, estimulan la imitación, provocan la pérdida de valores tradicionales positivos y dificultan la resistencia.

ENTRE LA CENSURA Y EL AUTOCONTROL

Los regímenes políticos anti-democráticos promueven la censura directa y, por tanto, ejercen un mayor control sobre la producción de sentido y la conservación de ciertas facetas de la tradición foránea.

En el caso de las democracias -se dice que algunos países de América Central y el Caribe viven el "retorno a la democracia" o "nuevas democracias de seguridad nacional"- la censura se encubre con distintas estrategias y existen límites un poco más amplios de libertad de expresión.

La mejor de todas estas estrategias es aquella aprendida mediante mecanismos persuasivos de la sociedad, en su búsqueda de hegemonía y consenso; la autocensura. La autocensura o autocontrol, que tan bien practicamos los costarricenses desde tiempos atrás, afecta la cultura popular.

No se trata sólo de una imposición de la llamada industria cultural transnacional o nacional, transmitida y apoyada por los medios de comunicación, se trata, incluso de una auto-imposición de patrones de conducta que impidan la censura, discriminación o burla del otro, por la diferencia.

La autocensura disminuye la "necesidad" de utilizar la fuerza bruta, la represión directa, aunque se convierte en un mecanismo destructivo de enorme efectividad, puesto que no permite la rebeldía y disminuye, con su aceptación, la capacidad contestataria.

Los pueblos autocensurados o autocontrolados reciben, entonces, el impacto de la industria cultural con menor resistencia -en su intento de ser aceptados- y con la excepción de las culturas muy marginales al sistema, muestran una mayor propensión a perder su identidad y cultura peculiares.

Los países de tradición democrática programan un amplio espacio para la contestación discursiva y para la conservación de elementos folclóricos, pero por su misma necesidad de hegemonía tratan de evitar, hasta donde les es posible, la

resistencia cultural (entendida en su significado más amplio, es decir, como la conservación de la cultura popular).

CULTURA, COMUNICACIÓN Y ORGANIZACIÓN POPULARES

A la lucha cotidiana contra la represión y la pobreza, los centroamericanos y caribeños unen su resistencia cultural, como necesidad de sobrevivencia y como conciencia de que la imposición viene del poder (nacional o transnacional).

Esa resistencia de las culturas populares solo es posible, en las condiciones actuales, si se construye a partir de la organización, si se concreta en movimientos populares y se concibe la educación de una manera distinta.

Cultura popular, educación y comunicaciones populares, organización popular, movimientos, tradiciones y herencia popular son elementos de una misma lucha, la lucha por conservar la experiencia positiva acumulada y la capacidad para negociar con la hegemonía de la que forman parte y a la que sostienen.

La historia no se detiene y en las redes profundas y complejas de su constitución participamos todos. La sabiduría popular, el sentido común, la herencia de muchos años de vivencias acumuladas se insertan, cada vez con mayor fuerza, dentro de los espacios hegemónicos.

Y es que el tiempo les ha dado la razón: ¿no han sido las culturas populares quienes han defendido la naturaleza de la que forman parte, quienes han mantenido la curación con hierbas, el uso de productos naturales, quienes practican con mayor fuerza las relaciones primarias afectivas, quienes proponen una relación más equilibrada con el ambiente?

La conquista del espacio, la conquista del poder sobre la tierra provocan una increíble y científica fuerza destructiva; los avances médicos encuentran el límite en viejas pandemias incontrolables, hasta ahora, como el cólera y el sida; las geniales técnicas para vencer a la naturaleza se encuentran rebasadas por la inminente destrucción de la tierra...Hoy más que nunca se evidencia que la ciencia y las técnicas con sus avances extraordinarios no han podido prescindir de la sabiduría y el sentido común populares y que, gracias a su resistencia a la "industria cultural", estos conocimientos siguen contribuyendo con sus también extraordinarias posibilidades, con el mundo actual.

DE LA COMPETENCIA A LA COLABORACIÓN

No se debe sobreestimar el poder de la llamada "industria cultural", ni el de los medios de comunicación que la promueven, como tampoco se puede subestimar el poder de las culturas populares y su capacidad de resistencia.

Los grupos populares deben tomar aún mayor conciencia del valor de su cultura e identidad; deben tomar conciencia de su tangible contribución a la sociedad, a la historia y la cultura hegemónica de la que forman parte; deben sentirse orgullosos de sus saberes y posibilidades y tener claro el papel fundamental que les toca jugar en un futuro próximo, incluso en el impacto de la industria cultural.

Algunos dicen que este nuevo embate, el de la segunda mitad del siglo XX, conlleva la destrucción, tarde o temprana, de las culturas populares, otros consideramos que el fracaso del paradigma de la competencia será cada vez, mas evidente y que todos Juntos, lentamente, casi sin percibirlo nos convenceremos de la necesidad de pasar a un nuevo paradigma, aquel donde la colaboración, la solidaridad y el complemento rijan los destinos de una sociedad mejor para todos.

Y en esta esperanza, las culturas populares tienen mucho que decir, por eso el llamado sigue siendo un grito a la resistencia y un fuerte impulso para abrir más espacios a lo popular dentro de la hegemonía que sostenemos. Además de impugnar, contestar y resistir, las culturas populares deben ampliar sus posibilidades de negociación para poder resistir y vencer.